

TRABAJO TEMPORAL

Emilio MARÍN TORTOSA.

Miguel va camino de las oficinas de la empresa para la que está trabajando durante un tiempo de forma temporal y discontinua. Él espera que esta vez el contrato que le ofrezcan sea definitivo, y pase a formar parte de la Plantilla de la empresa. Lleva, al igual que sus compañeros, encadenando contratos de tres meses trabajando, y un mes en casa. Son nueve trabajadores para seis puestos de trabajo, así que tres de ellos siempre estaban en casa parados. Esta situación ya duraba más de un año, y no lleva camino de arreglarse. Compraron tres telares, y contrataron a nueve tejedores, todos ellos jóvenes, todos en edad de esclarecer su futuro de vida, pero esa situación de interinidad no se lo permitía. Miguel quiere creer que ese día aquello iba a cambiar, y la empresa daría por terminada aquella forma de contratar tan frustrante. Si no es así, tendrá que ser él mismo quien tome una determinación para alejarse de aquella anomalía. Estaba decidido a ello.



Desde que salió de la Escuela, recién cumplidos los trece años, ha sido un continuo rodar de un trabajo a otro: tejedor, aprendiz en una cuchillería, a recoger olivas, cacao, manillar tabaco, reparando el suelo de algunas calles del pueblo a pico y pala, y ahora éste de tejedor discontinuo. En el pueblo había que elegir entre la fábrica o el campo, y como su familia era de fábrica, desde muy pequeño tuvo contacto con el mundo del telar. Y al dejar la escuela, a él lo pusieron a tejer con el oficio ya aprendido.

.- ¡Miguel! ¡Pasa!

La voz del oficinista le llama, y Miguel entra. Allí había tres mesas y otros tantos empleados. (Estos con traje y corbata) Él los conoce a todos.

.- Mira, aquí tengo los papeles de tu nuevo contrato para que lo firmes.

.- ¿Y éste es como los otros?

.- ¡Claro! Igual que los demás, no te voy a engañar.

Miguel queda un momento en silencio, pensativo. Si aquel oficinista hubiera tenido poderes mentales extraordinarios, hubiera visto el terremoto de sensaciones, todas desagradables, que pasaban en ese momento por la cabeza de Miguel. Pero su corbata no le daba para más.

- Pues me parece que no lo voy a firmar.

- ¿Cómo? ¿Qué dices?

- Que no lo firmo. ¡Que ya está bien!

- ¿Pero tú sabes lo que dices?

El oficinista está de una pieza. No entra en su cabeza que un trabajador desprecie una oferta de trabajo. Los pobres no se pueden permitir aquello.

¿En qué estaba pensando aquel muchacho? ¡A dónde vamos a llegar!

- ¿Cuánto tiempo llevamos con este tipo de contrato? ¿Un año? ¿Dos años? ¿Hasta cuándo va a durar esta situación?

El hombre de la corbata se vuelve a sus compañeros.

- ¿Habéis oído? ¿Qué quiere este muchacho? Le estoy ofreciendo un trabajo y no lo quiere. ¿Se podrá ver más?



Sus compañeros tienen la cabeza entre papeles y no le contestan. Sin embargo Miguel, que ahora ya está embalado, sí le contesta.

- Dar trabajo no es dar limosna. ¿Qué creen? ¿Cómo podemos aguantar esta situación mucho más tiempo? Trabajamos tres meses, y uno en casa sin hacer nada, pues no podemos buscar otros trabajos porque estamos esperando que nos llamen a esta oficina. ¿Qué futuro es éste para un trabajador joven? Yo se lo diré: ¡Ninguno!

- Pero muchacho, esto puede cambiar.

- ¿Cuándo? Yo no lo veo. Somos nueve trabajadores para seis puestos. Hasta que tres de nosotros desaparezcamos, esto no va a cambiar.

- Eso nunca se sabe.

- ¡Pues yo sí lo sé! Ahora me marchó, y ese contrato se lo pueden ofrecer a otro.

Y Miguel abandona la oficina dejando al oficinista con corbata sin poder reaccionar. ¿Qué era aquello? ¿Qué le dirá ahora al amo? La silla sobre la que está sentado comienza a tambalearse. Teme por su puesto.

Miguel, al salir de la oficina, camino de casa, va pensando en si no había hecho una tontería, pero ese pensamiento no dura mucho, está convencido que aquello era lo correcto, los trabajadores tienen una dignidad que defender. No sabe lo que harán sus otros compañeros, pero él lo tiene decidido: cuando llegue a casa, hará la maleta, y partirá en busca de un futuro mejor por más seguro.

Al día siguiente, Miguel coge el autobús de las diez, y se despide del pueblo. Ante él, ahora, solo hay una incógnita que tendrá que ir despejando día a día.



FIN